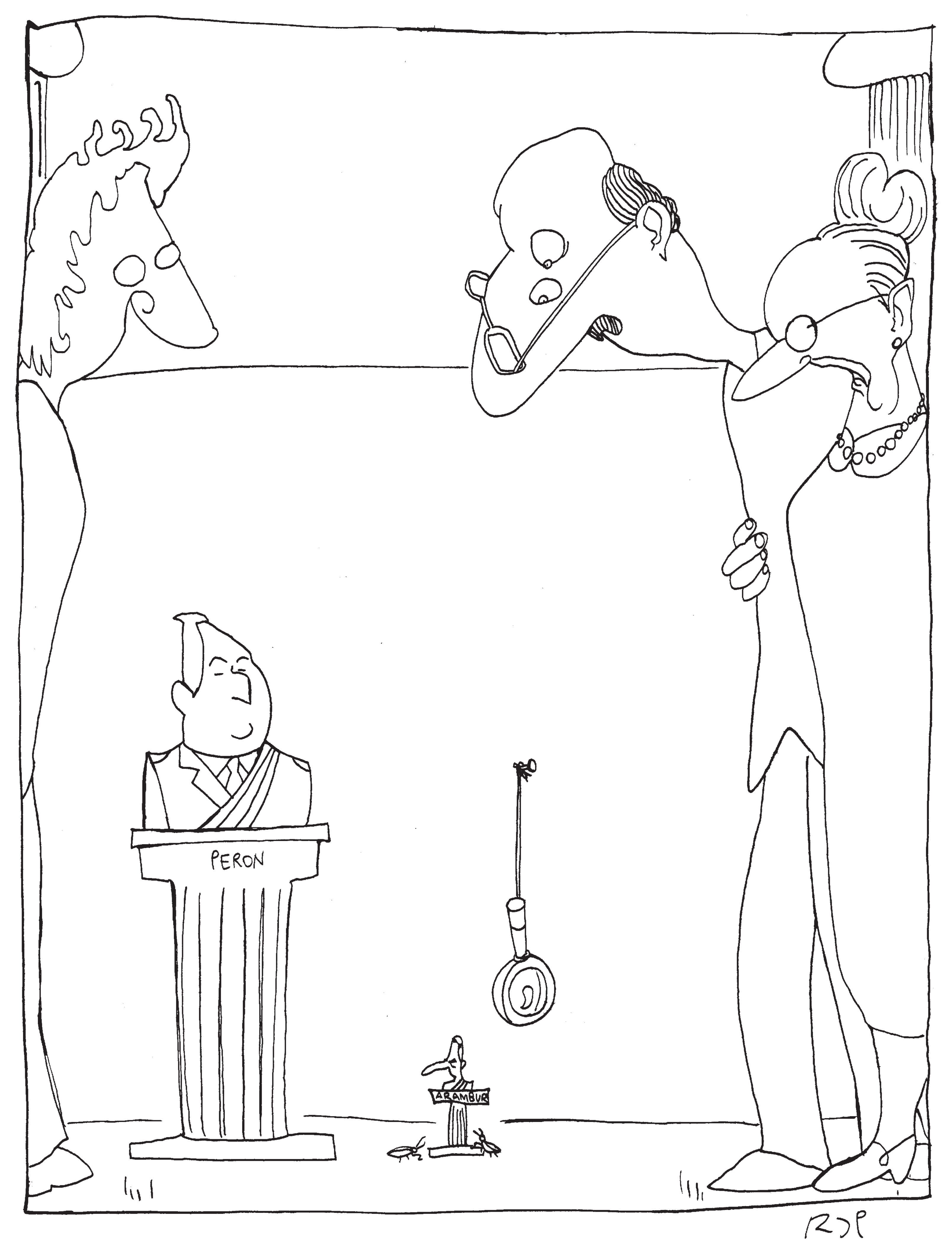
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

49 El secuestro de Aramburu (V)



Suplemento especial de
Página|12

1.

Ramus llega para el juicio. Sabe que tiene que estar. Fue y vino de la Capital muchas veces. Se perdió todo, o casi todo. Pero sabe que cumplió con su parte. Alguien tenía que tender el lazo entre Timote y el monstruo de mil cabezas, esa ciudad en la que todo adquiría dimensiones vastas, imponentes.

–El despelote es infernal –describe–. Nadie sabe nada. Todos saben todo. La cana anda como loca por todas partes. Onganía no sabe qué hacer. Sabe que esto se le cae encima. Que todos van a creer que es el gran culpable. Directo o indirecto, pero culpable. O un asesino o un ineficaz.

Se quedan en el comedor. Sentados a la mesa parecen lo que dicen ser, lo que están certeros de ser: un Tribunal Revolucionario en funciones.

–Ya vengo –dice Fernando.

–Estamos todos listos –dice Firmenich–. Cuando quieras empezamos.

–Eso le voy a decir. Que empezamos.

Fernando entra en el dormitorio. Aramburu está atado a la cama. Le exhibe sus manos. Pregunta:

–¿Es necesario esto? ¿Creen que me voy a escapar? Ni sé dónde estoy.

–Medio país lo está buscando, general. Usted lo sabe. No nos pida algo que no podemos hacer.

–Cualquiera puede hacer cualquier cosa si quiere. No es que no pueden. No quieren.

–¿Lo lastiman esas ataduras?

–Lo que me lastima es estar así.

–No se queje. No lo tratamos mal.

–¿Le parece? Sacarme de mi casa, traerme hasta aquí, interrogarme, no saber si me van a matar como a un perro o me van a tirar vivo por ahí, en medio de la nada, ¿eso qué es? ¿Tratarme bien?

–Mejor que usted a Valle.

–¿Seguro? Si mi mujer quisiera hablar con usted, ¿qué le diría? ¿Que está durmiendo? Ni eso le podría decir. La pobre no sabe dónde está usted. Dónde estoy yo. Nada sabe. La de Valle tuvo dónde ir para pedir clemencia. La mía, ni eso.

–General, hay cosas que usted no entiende. O finge no entender. Resulta más que evidente que su mujer debe ignorar dónde estoy yo. Si lo supiera, tendríamos a medio ejército rodeando esta propiedad. Con Onganía al frente. Haga el favor. No diga macanas. Lo tratamos bien. Lo nombramos siempre por su rango. Le dimos de comer. Nadie lo injurió. No sufrió castigos. No se queje –Se detiene. Carraspea. Mira fijo al general. Siempre actuó de ese modo Fernando: mirándolo, hundiendo sus ojos en los de Aramburu, como si buscara que éste descubriera en ellos la certidumbre severa de sus actos. Secamente, dice–: Vine a hablar de otra cosa. El Tribunal Revolucionario está reunido. Comenzamos a deliberar.

Aramburu, en voz baja, susurrando casi, buscando hacerle sentir a Fernando, a quien sabe el jefe del operativo, que el diálogo que ahora propone es sólo entre ellos, íntimo, dice:

–Pibe, no seas tonto –Fernando se sorprende. No sólo lo ha tuteado. También le dijo *pibe*. Asumiendo, por primera vez, una realidad velada, que todos fingieron desconocer desde el comienzo. Aramburu es un hombre grande, casi viejo. Ellos son *demasiado* jóvenes. Aramburu es un figurón de la República. Un general del Ejército. Un bronce del país antiperonista. ¿Cómo no va a tutearlos? ¿Cómo no va a decirle, ahora, a Fernando, *pibe*?

–¿Cómo dijo? –dice Fernando y una vena viboreante y abultada se dibuja en su frente.

–Que no seas tonto. Puedo ser tu padre. Escuchame: no te arruinés la vida. No cargués sobre tu espalda un cadáver como el mío. Te va a pesar mucho. Te van a perseguir siempre. Hasta que te maten. ¿Y esto, todo esto, se lo vas a dar a Perón? Si lo traés de vuelta, te va a cagar.

–Su lenguaje, general. Me sorprende. ¿Tan perdido se siente?

–Lo hago por vos, pibe. No vale la pena lo que hacés. Sacrificar tu vida así, por el anciano de Puerta de Hierro. Te lo juro, me cuesta entenderlo. Sabíamos que había pibes como vos. Hablamos varias veces de ustedes en el Círculo Militar.

–Qué honor.

–¿Qué quieren de ese viejo de mierda? Es un vicioso, un canalla. No merece una sola de las vidas jóvenes de ustedes. ¿Quién les llenó la cabeza? ¿Quién los convenció de todos los disparates en que creen?

Fernando no responde. Aramburu transpira. Se lo ve agitado. Se lo ve, también, gastando sus últimas municiones. Si esto no resulta, se acabó. Podría decirle peores cosas de Perón. Podría decirle cosas terribles. Cosas que él y sólo algunos más saben. Fernando lo mira impasible, siempre los ojos en los suyos.

–Pibe, ¿vos qué sabés de Perón? ¿Querés que te hable de él? ¿Querés saber por qué mierda de tipo me vas a matar? Te puedo decir cosas abominables de Perón.

–No se gaste, general. Desde hace 15 años escucho cosas abominables de Perón. Yo y todos los míos. Todos los *pibes* como yo. Toda mi generación. Por eso estamos con él. Usted pregunta quién nos convenció de todos los disparates en que creemos. Ustedes, general. Ustedes hicieron de nosotros lo que somos. Nos inventaron. Somos el fruto perfecto del país gorila. Ahora, jódanse. –Camina hacia la puerta. Se detiene. De espaldas, dice–: Cuando termine el juicio voy a venir a decirle el veredicto. –Gira con brusquedad. Otra vez lo mira–. Le ruego evite tutearme de aquí en más. Si conservamos las formas hasta ahora, no veo motivo para abandonarlas. Ni usted es mi padre ni yo soy su hijo. Usted es mi prisionero. Yo me propongo someterlo a juicio. Esa, no otra, es nuestra relación.

Cierra la puerta.

2.

–Es hábil el general –dice Fernando–. Esto le juega en contra. ¿Raro, no? Si fuera lento, torpe, milico bruto, eso podría salvarle la vida. Pero apeló a tantos recursos para evitar su muerte que se condenó. Sólo un tipo inteligente puede argumentar con tantas falacias, con tantas celadas, con tantos argumentos sagaces, aunque falsos, para no morir.

Firmenich chasquea la lengua, con fastidio.

–Con tantas patrañas –dice–. Cree que puede tomarnos por boludos. Que su edad lo autoriza. Su experiencia. No hay caso: tenemos proyectos que no pueden armonizar. No hay unidad nacional. No hay pacificación nacional. Lo quieren a Perón para contener a las masas sin reprimirlas.

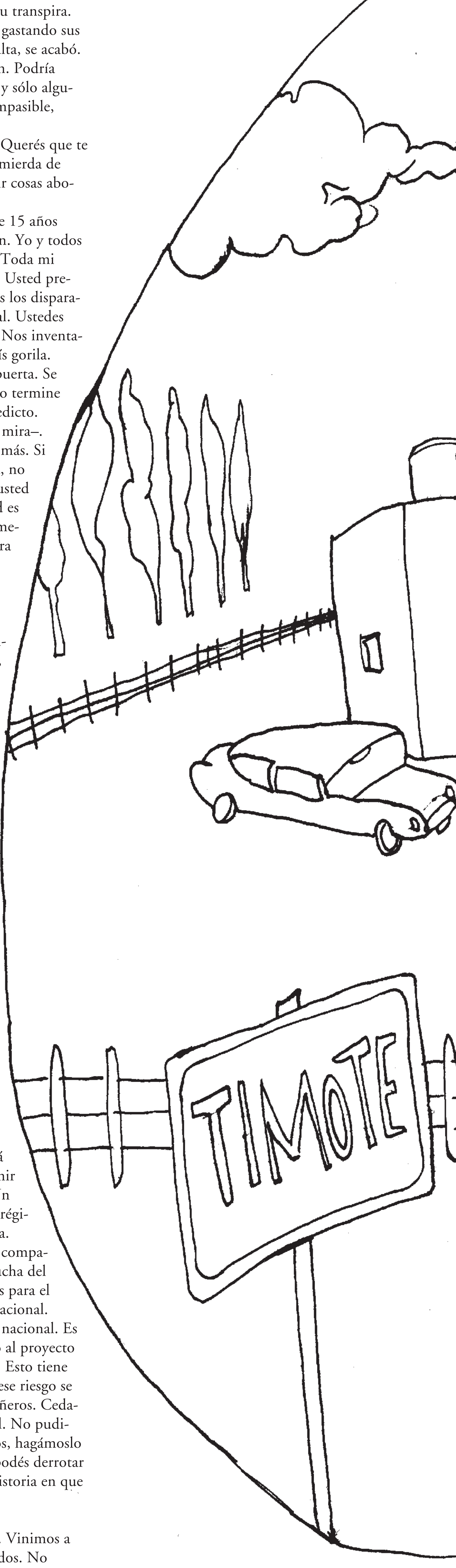
Ramus golpea la mesa. Un vaso cae y estalla contra el piso.

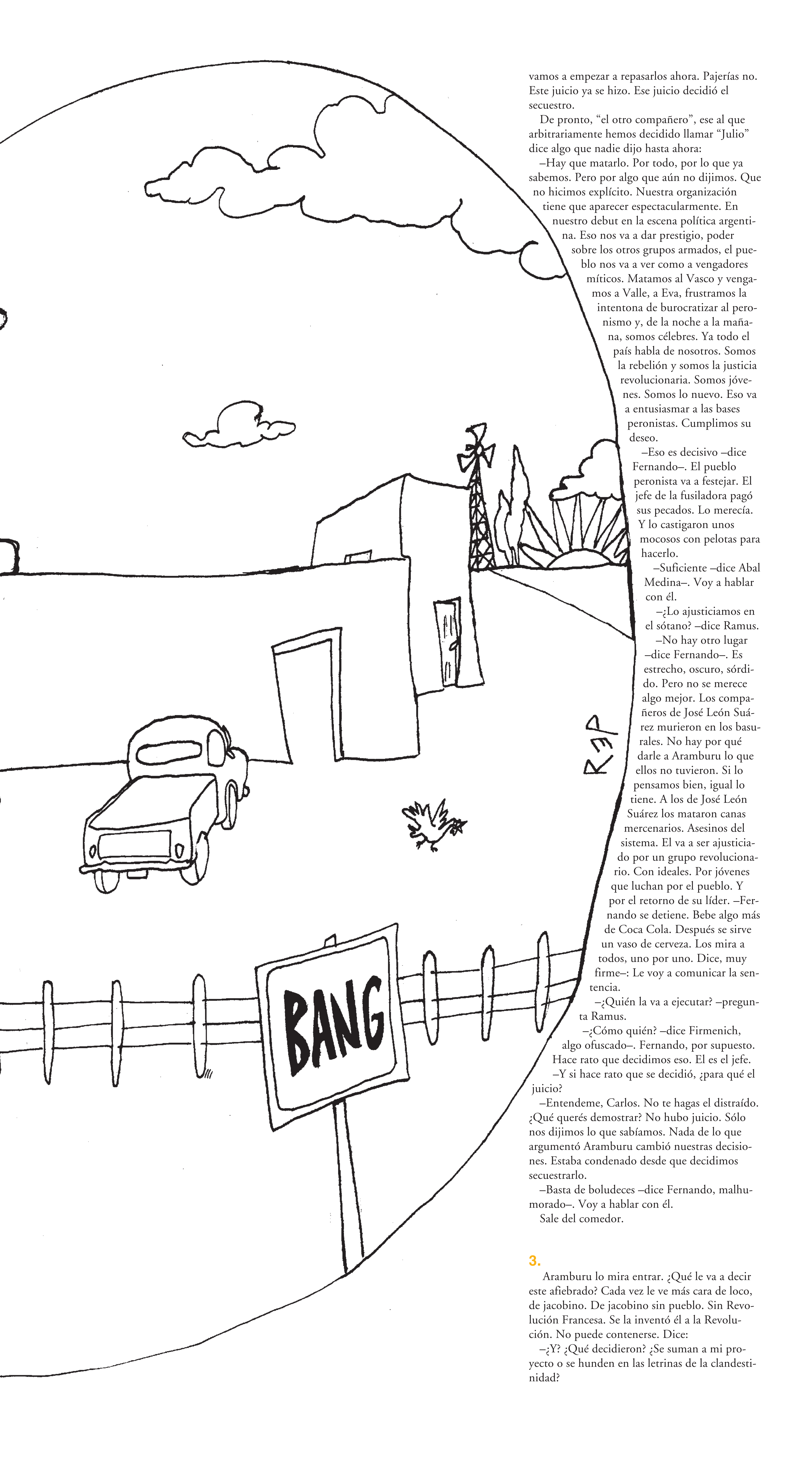
–Tranquilo, compañero –dice Firmenich.

–Tranquilo las pelotas. Todo está demasiado claro. No pueden reprimir más. No después del Cordobazo. Un regreso de Perón controlado por el régimen es la última carta que les queda. Aquí hay una disyuntiva de hierro, compañeros. Lo traen ellos. O lo trae la lucha del pueblo peronista. Si lo traen ellos es para el eterno cuento chino de la unidad nacional. Con perdón, me cago en la unidad nacional. Es sencillamente sumar al proletariado al proyecto de la burguesía, como socio menor. Esto tiene un riesgo enorme. Pero con Perón ese riesgo se reduce. Puro gatopardismo, compañeros. Cedamos algo para que todo quede igual. No pudimos vencer al peronismo en 15 años, hagámoslo nuestro. ¿Quién no lo sabe? Si no podés derrotar a tu enemigo, te le unís. Esa es la historia en que está Aramburu. La nuestra es otra.

–Los cargos –dice Abal Medina.

–¿Qué cargos? –dice Firmenich–. Vinimos a Timote con los cargos bien estudiados. No





vamos a empezar a repasarlos ahora. Pajerías no. Este juicio ya se hizo. Ese juicio decidió el secuestro.

De pronto, "el otro compañero", ese al que arbitrariamente hemos decidido llamar "Julio" dice algo que nadie dijo hasta ahora:

–Hay que matarlo. Por todo, por lo que ya sabemos. Pero por algo que aún no dijimos. Que no hicimos explícito. Nuestra organización tiene que aparecer espectacularmente. En nuestro debut en la escena política argentina. Eso nos va a dar prestigio, poder sobre los otros grupos armados, el pueblo nos va a ver como a vengadores míticos. Matamos al Vasco y vengamos a Valle, a Eva, frustramos la intentona de burocratizar al peronismo y, de la noche a la mañana, somos célebres. Ya todo el país habla de nosotros. Somos la rebelión y somos la justicia revolucionaria. Somos jóvenes. Somos lo nuevo. Eso va a entusiasmar a las bases peronistas. Cumplimos su deseo.

–Eso es decisivo –dice Fernando–. El pueblo peronista va a festejar. El jefe de la fusiladora pagó sus pecados. Lo merecía. Y lo castigaron unos mocosos con pelotas para hacerlo.

–Suficiente –dice Abal Medina–. Voy a hablar con él.

–¿Lo ajusticiamos en el sótano? –dice Ramus.

–No hay otro lugar –dice Fernando–. Es estrecho, oscuro, sórdido. Pero no se merece algo mejor. Los compañeros de José León Suárez murieron en los basurales. No hay por qué darle a Aramburu lo que ellos no tuvieron. Si lo pensamos bien, igual lo tiene. A los de José León Suárez los mataron canas mercenarios. Asesinos del sistema. El va a ser ajusticiado por un grupo revolucionario. Con ideales. Por jóvenes que luchan por el pueblo. Y por el retorno de su líder. –Fernando se detiene. Bebe algo más de Coca Cola. Después se sirve un vaso de cerveza. Los mira a todos, uno por uno. Dice, muy firme–: Le voy a comunicar la sentencia.

–¿Quién la va a ejecutar? –pregunta Ramus.

–¿Cómo quién? –dice Firmenich, algo ofuscado–. Fernando, por supuesto. Hace rato que decidimos eso. El es el jefe.

–Y si hace rato que se decidió, ¿para qué el juicio?

–Entendeme, Carlos. No te hagas el distraído. ¿Qué querés demostrar? No hubo juicio. Sólo nos dijimos lo que sabíamos. Nada de lo que argumentó Aramburu cambió nuestras decisiones. Estaba condenado desde que decidimos secuestrarlo.

–Basta de boludeces –dice Fernando, malhumorado–. Voy a hablar con él.

Sale del comedor.

3.

Aramburu lo mira entrar. ¿Qué le va a decir este afiebrado? Cada vez le ve más cara de loco, de jacobino. De jacobino sin pueblo. Sin Revolución Francesa. Se la inventó él a la Revolución. No puede contenerse. Dice:

–¿Y? ¿Qué decidieron? ¿Se suman a mi proyecto o se hunden en las letrinas de la clandestinidad?

–Qué frase, general –ironiza Fernando–. La voy a recordar.

–¿Cuándo?

–Cuando lo recuerde a usted.

–Me matan entonces.

–¿Cómo puede suponer que nos vamos a incorporar a su proyecto?

–Porque no puedo suponer que quieran suicidarse. Le voy a hablar claro, Abal Medina. Aunque sea la última vez que lo haga.

–Hable. Nadie nos escucha. Nunca se va a saber lo que nos dijimos en esta habitación.

–Yo estoy pagando por la sangre derramada de Valle. La historia es eso. Una cadena de venganzas. Mi sangre va a reclamar la de ustedes. Matándome se condenan a morir, a que los maten. Alguien me va a vengar. No lo dude. Alguien, alguna vez, se va a sentir con tanto derecho como ustedes ahora. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Tenemos un Ejército formado por la OAS y por la Escuela de las Américas. Si usted supiera en serio, a fondo, lo que se enseña allí, vacilaría.

–Nosotros también nos formamos para la guerra. Pero no nos formaron torturadores sino revolucionarios. No se equivoque. No va a conseguir que tenga miedo. Ni que vacile.

–Hágase esta pregunta. Se la hizo Gutiérrez de la Concha a Castelli, cuando éste se preparaba para fusilar a Liniers. Le preguntó...

–No se gaste, general. Hace tiempo que yo me hice esa pregunta. Me sorprende que usted la conozca.

–Son sus prejuicios. Cree que los militares somos brutos.

–Podría pasarme la noche ofreciéndole pruebas. Volviendo a Castelli: Castelli era abogado. Gutiérrez de la Concha le preguntó qué jurisprudencia era la que lo autorizaba a matar prisioneros. Una pregunta tonta. Castelli era un revolucionario. El y su amigo Moreno. La jurisprudencia eran ellos. Toda revolución crea su propia jurisprudencia. ¿O ustedes hicieron otra cosa? También la contrarrevolución crea sus propias leyes. O deroga las de los revolucionarios.

–Gutiérrez de la Concha dijo algo más.

–A ver, general. Dígalo. ¿Lo leyó en *Billiken*?

–Voy a dejar de lado esa ofensa. Olvidemos a Castelli. Si cree que mis citas vienen del *Billiken* voy a evitarlas. La cuestión se la voy a plantear yo. Con mis palabras. Porque son mis ideas.

–Soy todo oídos.

–Usted se me presenta como un revolucionario. Quiere cambiar el régimen al cual yo pretendo integrar a Perón. Usted, por el contrario, quiere usar a Perón para destruirlo. También Castelli quería cambiar un régimen. Fusilar a Liniers era parte de ese cambio.

–Parte sustancial de ese cambio.

–Gutiérrez de la Concha le pregunta: doctor Castelli, ¿qué clase de sistema es el que empieza de este modo? ¿Qué clase de sistema empieza fusilando prisioneros indefensos?

–No busque conmoverme, general. Son demasiados argumentos para defender apenas una vida. Aunque sea la suya. Gutiérrez, a quien llamo así para evitar la parte incómoda de su apellido, decía boludeces, con perdón. Una revolución tiene el derecho de matar a quienes quieren impedirla. Si empieza así, empieza bien. Usted me plantea una cuestión de ética política. Una mariconada liberal. Todo sistema que empieza matando empieza mal. ¿Usted me plantea eso? ¿El fusilador Aramburu? Toda revolución que empieza y no mata cuando tiene que matar está perdida.

–Van a matarme entonces.

Fernando no responde. Se toma un tiempo que a Aramburu le parece eterno. Después, sin solemnidad, pero con cierto aire marcial o con una clara dureza, dice:

–General Aramburu, el Tribunal lo sentenció a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

Aramburu busca romper sus ataduras. Se lastima las muñecas. Le brota sangre.

–Ese nudo está muy bien hecho, general –dice Fernando–. Y aunque lograra desatarse, ¿qué lograría? Le fallaron los suyos. No lo encontraron a tiempo. ¿Lo habrán buscado en serio?

–¿Quién puede saberlo? Hay muchos cretinos detrás de Onganía. Gente que me odia. Que le repugna mi plan de negociar con Perón. Quieren verme muerto. Ustedes les van a hacer ese favor.

–A nosotros también nos repugnan sus planes de arreglar con Perón. Pero por otro motivos.

–Sin embargo, coinciden.

–De ningún modo. Ellos quieren sostener el Estado Gorila. Nosotros queremos destruirlo.

–Pero los dos quieren matarme.

–Por distintas razones. Grave sería si fuera por lo mismo. Usted se puso en un lugar peligroso. El de los conciliadores. Si las partes no quieren conciliar, los matan. Fuego cruzado. Pero usted nos incomoda más que Onganía, el otro que podría querer su vida. Usted no quiere sostener el Estado Gorila. Quiere crear un nuevo régimen con el peronismo adentro. Los gorilas son brutos. Ni piensan en eso. Sólo piensan en seguir con la represión. Su plan es el más hábil. Es hacer de Perón un general manso dominado por la burguesía. Eso nunca.

Aramburu regresa al tuteo. Siempre que lo hace es porque se siente perdido. Porque es su última carta.

–Sos un idiota, pibe.

–Le exigí que no me tuteara.

–¿Cómo no te voy a tutear si sos un pendejo? Vas a arruinar tu vida. Tu idealismo de los veinte años te va a costar muy caro. Yo también tuve veinte años. También tuve sueños de juventud. Pero esos sueños no exigían la muerte de nadie.

Fernando lo mira con desdén. Aramburu recibe de pleno esa mirada. Acaso nunca lo miraron así. No con odio, sino como a un pobre tipo. Lleva 15 años recibiendo halagos, homenajes, reconocimientos. Pero este pibe se permite mirarlo con menosprecio, con una repulsa tan extrema que hiere, que deshonra. Y con una altanería, con un irreverencia que, recién ahora, aparece en estado puro, sin los velos, sin las cortesías forzadas entre captores y prisioneros. Ese menosprecio se expresa ferozmente, lejos de toda civilidad, de todo trato entre caballeros cuando le dice:

–General, perdone mi franqueza. Pero usted, a los veinte años, ya era un milico de mierda con alma de asesino.

Fernando abandona la habitación. Cierra de un portazo.

4.

Se reúne con los suyos. Firmenich lo recibe mal.

–¿Tanto tardaste en decirle algo tan sencillo? General, lo vamos a amasijar. Eso era todo.

–No es un tipo común –dice Fernando. Agarra un pedazo de pan y le pone manteca. No sabe por qué, pero hablar con Aramburu le dio hambre. ¿Qué pasa? ¿Le incomodó algo de lo que dijo el condenado? No sabemos esto. Sabemos que se acerca el final y que será Fernando el que tendrá que matarlo. Tal vez no haya sido conveniente que lo conociera más allá de lo necesario. Aramburu era, para Fernando, una construcción ideológica: el que lo tiró a Perón, el que lo fusiló a Valle, el que escondió a Evita, el gorila, el hombre de reserva del régimen. Ahora corre el peligro de convertirse en un ser humano. Debiera haberlo previsto. Es más fácil matar a un rival ideológico que a una simple persona. Le impresionó cuando quiso librarse de las ataduras. Cuando se lastimó las muñecas. Cuando le salió sangre. Ahí, el miedo del general se le volvió traslúcido. Se tenía prohibida la piedad. Había leído bien a Clausewitz: "Toda consideración de humanidad os hará más débiles", algo así. ¿Fue por eso que habló con Aramburu, que se arriesgó a escucharlo? ¿Por una consideración de humanidad? Si por esa boludez le llegara a temblar la mano en el momento decisivo, no se lo perdonaría. Y además: esa frase. Esa frase sobre el Ejército Argentino. No pudo evitar que se alojara en algún punto oscuro de su conciencia. Entre el temor y los malos presentimientos, los peores. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Y lo que vimos hasta ahora, ¿qué fue? ¿Una muestra gratis? ¿La cola de una película de terror que todavía no se estrenó? Maldito viejo, habría sido mejor decirle el fallo y listo. General, vamos a matarlo. Y se acabó. Firmenich tenía razón. Ahora dice:

–Yo creo que te equivocás. Que es un tipo común. Un gorila más. Importante, pero uno más. Hacenos un favor: terminemos con esto. Si volvés a hablar con él voy a tener que amasijarlo yo.

–Tranquilo, Pepe –dice Fernando, y esa vena vuelve a viborearle en la frente. Firmenich lo sabe: es peligroso cuando le pasa eso. Más de una vez dijo: "Si a Fernando lo ves con la vena hinchada, rajá". Fernando dice–: Al general lo ejecuto yo. Y nadie más. –Agarra dos pistolas que hay sobre la mesa. Una de 9 mm. La otra es una 45. Dice–: Vamos.

Empieza a amanecer.

Aramburu los mira entrar. Ahí están: vienen a matarlo. Se acabaron las palabras. Cada uno sabe dónde está el otro. Qué piensa. Qué quiere hacer. Sobre todo –en su caso– qué hizo. ¿Pensará Aramburu en Valle? Difícil. No me matan por lo de Valle. Soy un símbolo. El tipo que lo tiró a Perón. Uno sabe los riesgos que toma. Debió prever esto. Pero nunca imaginó que podrían aparecer pibes así. Revolucionarios y peronistas, vengativos, irresponsables o valientes, lo mismo da. Pero con cojones. Carajo, quién lo hubiera dicho.

Le quitan las ataduras de las manos. Aramburu se restriega las muñecas. Las tiene hinchadas, hay algo de sangre.

–Sentimos mucho eso, general –dice Fernando–. De haber podido, lo habríamos evitado.

–Está dentro de las reglas –concede Aramburu–. Siempre se amarra a los prisioneros. Prisionero que se escapa deja de serlo. Secuestrador sin prisionero, también.

–Somos muchos más que sus secuestradores –dice Firmenich.

–¿Por qué?

–Somos sus jueces. Lo juzgamos y decidimos que era culpable.

–Y ahora van a ejecutarme.

–Exactamente.

–¿Puede pedirle algo, juez Firmenich?

–¿Dice eso con ironía?

–¿Hubo ironía en mi voz?

–No me pareció.

–Porque no la hubo.

–¿Qué quería pedirme, general?

–Una tontería. Pero no querría caminar hacia la muerte con el riesgo de cometer una torpeza que me ponga en ridículo. ¿Me comprende, verdad?

–Por completo, general. ¿De qué se trata?

–Ateme los cordones de los zapatos.

–Disculpe. No lo había notado.

Firmenich apoya una rodilla en tierra y ata los cordones de Aramburu. Se pone en pie. Lo mira. Aramburu no dice nada.

–Tenemos que atarle las manos a la espalda –dice Fernando.

–¿Otra vez atarme las manos? Vieron mis muñecas. Están a la miseria.

–No tanto, general –dice Fernando–. Sólo a tono con las circunstancias. Así son las cosas. Los que enfrentan a un pelotón de fusilamiento lo hacen siempre con las manos atadas a la espalda.

–¿Me espera un pelotón de fusilamiento?

–No haga preguntas cuya respuesta conoce.

–No por completo. Sé que no habrá pelotón. ¿Cómo me van a matar entonces?

–Falta poco para lo sepa –Fernando mira a sus compañeros. Con su habitual parquedad, con aspereza, con ese tono acerado con que sabe dar órdenes, dice–: Al sótano.

(Continuará)

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El secuestro de Aramburu (conclusión)